La Comédiathèque



Frutas y verduras

Farsa filosófica

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr

Frutas y verduras

Farsa filosófica

Jean-Pierre Martinez

La fachada de una tienda de alimentación que hace también las veces de librería sirve de escenario a unos sabrosos intercambios entre un tendero filósofo y sus excéntricos clientes, en busca de respuestas a las grandes preguntas de la existencia.
Una farsa filosófica que combina situaciones rocambolescas con reflexiones sobre lo absurdo del mundo.

Personajes:
Sócrates
Mauricia
Socorro
Ben
Eva
Adán
Carlos
Sánchez
Ramírez

A excepción de Adán y Eva, que son respectivamente un hombre y una mujer, todos los papeles pueden ser interpretados indistintamente por hombres o mujeres, con las adaptaciones necesarias de los nombres, las concordancias y las formas de tratamiento. Los personajes de Carlos y Ramírez pueden ser interpretados por una misma persona.

Reparto posible para 9 intérpretes:
1H/8M, 2H/7M, 3H/6M, 4H/5M, 5H/4M, 6H/3M, 7H/2M, 8H/1M

Reparto posible para 8 intérpretes:
1H/7M, 2H/6M, 3H/5M, 4H/4M, 5H/3M, 6H/2M, 7H/1M

© La Comédiathèque

La fachada de una tienda, con la puerta de entrada en el centro. A un lado, cajas de frutas y verduras expuestas en unos mostradores. Al otro, cajones con libros de segunda mano. Junto a la puerta, una balanza. De momento, la parte delantera del escenario, que representa la acera, está vacía. Entra Socorro, tirando de un carrito de la compra. Se planta ante el puesto y empieza a examinar la mercancía. Coge un plátano, lo palpa y, poco satisfecha con el resultado, lo deja donde estaba. Entra Mauricia.

Mauricia – ¡No se corte usted!

Socorro – ¿Qué? ¿Qué pasa?

Mauricia – Está usted sobando ese plátano y luego lo vuelve a dejar en la caja…

Socorro – ¿Y qué? A mí me gustan los plátanos bien firmes. ¿Es que no tengo derecho?

Mauricia – Reconocerá que no es muy higiénico para las que venimos detrás, ¿no?

Socorro – ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Mauricia – Si tiene usted las manos sucias…

Socorro – ¡*Las manos sucias*! *(Cambiando de tono por completo.)* ¡Anda, pues acabo de leer el libro!

Mauricia – ¿Qué libro?

Socorro – ¡La obra de teatro! De Jean-Paul Sartre.

Mauricia – Ah, sí… ¿Y qué le ha parecido?

Socorro – Entre nosotras, no es gran cosa…

Mauricia – Sartre ha envejecido bastante mal.

Socorro – No deberían dejar que los filósofos escribieran obras de teatro.

Mauricia – En mi opinión, tampoco deberían dejarles escribir filosofía…

Socorro – ¿Escribió Sócrates *El banquete* o *La república*?

Mauricia – Tanto como Dios escribió el Antiguo Testamento o Jesucristo el Nuevo.

Socorro – Desde Heráclito no hemos inventado nada nuevo…

Mauricia – Pero, por desgracia, hemos escrito mucho.

Socorro – ¡Demasiado!

Mauricia – Los libros de filosofía son cada vez más gruesos y su contenido cada vez más pobre.

Socorro – ¡Y cada vez venden más humo! Para encender el fuego sirven, pero para envolver la verdura… Las hojas son demasiado pequeñas.

Mauricia – Desde los griegos, la filosofía va de mal en peor.

Socorro – Miles de años acumulando libros huecos en nuestras bibliotecas llenas de polvo…

Mauricia – La filosofía es una construcción de lo más endeble.

Socorro – Si pudiéramos trepar por ese castillo de naipes sin rompernos la crisma, seguro que llegaríamos a lo más alto de la estratosfera.

Mauricia – Por no decir al vacío sideral.

Socorro – La filosofía es un fraude. Ya no recuerdo quién dijo que éramos enanos a hombros de gigantes…

Mauricia – Bernardo de Chartres.

Socorro – Eso es… Pero solo vale para las ciencias, en las que sí hay progreso. ¡La filosofía no es una ciencia, es una opinión!

Mauricia – Los filósofos de hoy no son más que enanos a hombros de todos los enanos que los precedieron.

Socorro – Me recuerda a esas torres humanas que levantan en las fiestas de los pueblos. Los más grandes abajo y los más pequeños arriba.

Mauricia – Por desgracia, las pirámides de enanos no resultan tan vistosas como las de Egipto.

Socorro – Y son mucho menos estables.

Mauricia – Tampoco todo lo que hace el ser humano es digno de imitación.

Socorro – Subirse unos encima de otros en plena calle… Los jóvenes trepando por encima de los viejos…

Mauricia – Una pirámide de edades… Eso puede ser peligroso.

Socorro – Creo que a esas torres las llaman castillos.

Mauricia – ¿Y se hacen castillos de esos en todas partes?

Socorro – No, no creo…

Mauricia – En muchos sitios estarán prohibidos… Bueno, ¿se lleva ese plátano o no?

Socorro – Me voy a llevar mejor este, que está más verde.

Mauricia – A mí me gustan bien maduros.

Socorro – Para gustos, los colores…

Mauricia se pone también a examinar el puesto.

Mauricia – Yo me voy a llevar medio kilo de zanahorias…

Socorro – ¿Para hacer una sopa o una ensalada?

Mauricia – ¿Me meto yo en lo que hace usted?

Socorro – Tiene razón. Las preguntas hay que hacérselas a Sócrates…

Mauricia – Más vale acudir directamente a Dios que a sus santos…

Socorro *(llamando)* – ¡Sócrates!

El tendero sale de la tienda.

Sócrates – Señoras… ¿En qué puedo ayudarlas?

Mauricia *(tendiéndole las zanahorias)* – Tenga, Sócrates, ¿me pesa esto?

Socorro – ¡Eh, no se corte usted! Estaba yo antes, ¿no?

Mauricia – Creía que todavía no se había decidido… ¿No quiere sobarlos un poquito más?

Socorro se encoge de hombros y le tiende los plátanos a Sócrates.

Socorro – Aquí tiene… *(Sócrates coge los plátanos y los pone en la balanza.)* Quería hacerle también una pregunta…

Sócrates – Adelante…

Socorro – A ver… Espere, que lo tengo apuntado en la lista de la compra… *(Saca un papel arrugado, lo desdobla con dificultad y lee.)* Ah, aquí está… ¿Por qué hay algo en vez de nada?

Sócrates – Y todo por el precio de medio kilo de plátanos…

Socorro – ¿Le parece una pregunta tonta?

Sócrates – ¿Por qué hay algo en vez de nada…?

Socorro – ¿Y bien?

Sócrates – En realidad, la respuesta es muy sencilla.

Mauricia – ¿Me permite escuchar a mí también?

Socorro – Faltaría más…

Sócrates – Cuando está claro que una pregunta filosófica no admite respuesta, es porque está mal planteada.

Socorro – Es evidente…

Sócrates – O porque se ha formulado deliberadamente de tal manera que resulte imposible responderla.

Socorro – Eh… Sí.

Sócrates – Para empezar, ¿por qué?

Mauricia – ¿Por qué qué?

Sócrates – ¿Por qué ese «por qué» en la pregunta «¿Por qué hay algo en vez de nada?»?

Mauricia – Ah, claro…

Socorro – ¡Eh! Le he dicho que podía escuchar la respuesta de Sócrates, pero está hablando conmigo, ¿de acuerdo? ¡Los plátanos son míos! ¡No se meta en berenjenales! Ocúpese de sus zanahorias…

Sócrates – ¿Han terminado? ¿Puedo seguir?

Mauricia – Perdone…

Sócrates – Pues bien, el «por qué» de esa pregunta ya plantea un problema. Da por sentado que el mundo tiene que existir para algo y, además, que ese fin debe ser comprensible para el ser humano, pues ha de coincidir con el fin de la propia humanidad.

Mauricia – Lo cual es, evidentemente, un punto de vista muy antropocéntrico.

Sócrates – El ser humano no es más que una parte del universo, y es evidente que la parte no puede comprender el todo.

Socorro – Claro…

Sócrates *(cogiendo una naranja)* – Fíjese en esta naranja. Imagine que es la cuna de la humanidad y que nosotros somos las pepitas. ¿De verdad cree que las pepitas podrían entender cómo funciona todo este negocio?

Socorro – No, claro que no…

Sócrates – Hasta yo, que soy el dueño del negocio, a veces me pregunto cómo funciona…

Mauricia – No recuerdo quién decía que «la Tierra es azul como una naranja»…

Socorro – ¿Y eso qué tiene que ver? ¡Estamos hablando de las pepitas!

Sócrates – Plante esta pepita y saldrá un naranjo que dará más naranjas. Con un poco de manipulación genética o poética, hasta podrá conseguir naranjas azules. Pero de una pepita de naranja nunca saldrá una platanera.

Socorro – Y, sobre todo, una pepita de naranja nunca montará una frutería.

Sócrates – Pasemos ahora a la «nada» de esa pregunta: ¿por qué hay algo en vez de nada?

Socorro – Exacto.

Sócrates – La nada es algo que no existe, ¿estamos de acuerdo?

Socorro – ¿Cómo no íbamos a estar de acuerdo?

Sócrates – Por tanto, preguntarse si la nada podría existir en lugar de algo es una contradicción en los términos.

Mauricia – Lo que los filósofos llaman un sofisma.

Socorro le lanza una mirada fulminante.

Sócrates – En realidad, la nada es un concepto vacío de contenido. Si la nada no existe, ¿por qué hablar de ella como de una posible alternativa a algo?

Socorro – Cae por su propio peso…

Sócrates – La nada es una ilusión inventada por quienes, como los partidarios de las religiones monoteístas, quieren hacernos tragar el mito de la creación.

Socorro – Un mito que supone que hubo un principio antes del cual no había nada.

Sócrates – Una idea de una ingenuidad pasmosa, convendrá conmigo.

Mauricia – ¿Por qué?

Sócrates – ¡Porque es evidente que, si existe algo, ese algo ha existido siempre de una forma u otra!

Socorro – Como decía Lavoisier: «Nada se pierde, nada se crea, todo se transforma».

Sócrates – Ya sabe que, por principio, no cito nunca a nadie…

Mauricia – Como Sócrates.

Socorro – ¿A quién iba a citar Sócrates?

Mauricia – A los presocráticos…

Socorro – ¿Y los presocráticos?

Mauricia – A nadie.

Socorro – ¡Y, sin embargo, no decían solo gilipolleces!

Sócrates – En cuanto a la idea de un principio, la ha inventado el ser humano para que el universo encaje en su propia visión antropocéntrica del mundo.

Socorro – Entiendo. Como nacemos y morimos, al universo tiene que pasarle lo mismo.

Sócrates – ¡Y por qué no! Siempre que admitamos que no hay nacimientos, sino renacimientos, ni muertes, sino remordimientos.

Mauricia – Que el tiempo no es lineal sino circular, que el Big Bang es un movimiento perpetuo y que el universo es un motor de explosión.

Sócrates – Entre dos hipótesis, ¿por qué elegir siempre la menos probable solo porque encaja mejor en los estrechos límites de nuestro pensamiento mitológico?

Socorro – Para luego extrañarnos de que las preguntas que suscita esa improbable hipótesis no tengan respuesta…

Sócrates – A no ser que inventemos otras mitologías para explicar esos misterios, y así sucesivamente. Ese largo extravío del pensamiento al que llamamos religión.

Mauricia – Algunas filosofías orientales, al menos, han sabido evitar ese escollo prescindiendo de lo sobrenatural… Entonces, ¿es usted hinduista?

Sócrates – Quizá lo sería si el hinduismo no hubiera conseguido inventar también ese espantoso sistema de opresión que es el de las castas.

Socorro – Otra forma de justificar los privilegios de los amos, haciendo creer a sus esclavos que en otra vida serán el cuchillo y no la herida. Por citar a Baudelaire…

Mauricia – A la hora de mantener a las masas bajo control, a las religiones nunca les falta imaginación.

Socorro – Por desgracia, tanto en la religión como en la filosofía, a los precursores, a veces sinceros, les siguen sin transición la decadencia y el oportunismo.

Mauricia – Y luego, las religiones no pueden resistirse a montar un espectáculo para atraer a la clientela.

Socorro – Por no hablar de ese arte kitsch de pésimo gusto que siempre producen.

Mauricia – Yo, entre la Capilla Sixtina y las pinturas rupestres, me quedo con las pinturas rupestres, sin dudarlo…

Socorro – El catolicismo romano es a Jesucristo lo que la burocracia estalinista es a Karl Marx.

Mauricia – Y el Vaticano es su Kremlin.

Sócrates – Siempre ha habido quien ha sacado provecho de plantear preguntas sin respuesta…

Mauricia – A propósito, quería preguntarle si…

Socorro – Cuando le toque, ¿vale?

Sócrates – Acabemos con el último elemento de la pregunta: ¿por qué hay algo en vez de nada? Algo. Es lo único que queda cuando suprimimos todo lo superfluo de esa pregunta, que se convierte entonces en una afirmación. Algo. Eso es todo lo que se puede decir.

Socorro – Pero ¿hace falta siquiera decirlo?

Mauricia – Me recuerda a un chiste sobre un cartel que dice: «Aquí se venden naranjas frescas, hermosas y baratas». Si suprimimos todo lo que se da por supuesto en ese anuncio, solo quedan las naranjas.

Sócrates – El autor de ese chiste fue el mayor filósofo de todos los tiempos…

Mauricia – Así que volvemos a Descartes: pienso, luego existo…

Sócrates – Otra tautología, cargada de egocentrismo. ¿Y por qué no «pienso, luego pienso»? No somos nosotros los que pensamos. Es el mundo el que se piensa a través de nosotros. Y, por lo visto, al mundo también se le tuercen las ideas…

Una pausa durante la cual las dos mujeres asimilan la profundidad de lo que acaban de oír.

Socorro – Es increíble que se llame usted Sócrates… Con un nombre así, estaba claro cuál iba a ser su destino, ¿no?

Sócrates – No es mi nombre de pila. Es mi apellido. Es portugués. Hasta hubo un primer ministro que se apellidaba así…

Mauricia – Y un futbolista brasileño.

Sócrates – ¿He contestado a su pregunta?

Socorro – Perfectamente, Sócrates.

Sócrates – El portugués, no el griego… *(Volviendo a los plátanos de Socorro, que están en la balanza.)* Medio kilo de plátanos… *(Coge un libro de un cajón y lo añade a la balanza.)* Y medio kilo de literatura. Un kilo por el precio de medio.

Socorro – ¿Qué es?

Sócrates – *El discurso del método*. Es tan tonto que hasta tiene gracia. ¿Siguiente pregunta?

Mauricia – Ahora ya no sé si…

Sócrates – Adelante, a ver…

Mauricia – Pues yo… Venga, allá voy… ¿Existe Dios?

Sócrates y Socorro la miran con lástima.

Sócrates – Creía haber contestado ya a esa pregunta…

Mauricia *(cortada)* – Sí, eso me parecía a mí también, pero… *(A Socorro.)* ¡Si no hubiera hecho usted su pregunta antes que yo! Ahora es muy fácil hacerme quedar como una imbécil…

Sócrates – Vamos, vamos. Contestaré a su pregunta de todas formas.

Mauricia – Gracias…

Mauricia le dirige una mirada de reproche a Socorro.

Sócrates – ¿Existe Dios? Según quién lo pregunte, es una pregunta de una estupidez supina o de una perversidad extraordinaria.

Mauricia – No sé si le sigo…

Sócrates – Para preguntarse si existe Dios, primero hay que haber definido qué es Dios. ¿Cómo podemos preguntarnos si existe algo cuando no sabemos lo que es? Y la reto a que me dé una definición de Dios que no sea «Dios es Dios».

Mauricia se muestra incómoda; Socorro la mira con ironía.

Mauricia – Sí, bueno, ya vale…

Sócrates – Como Dios se considera un concepto que no se puede definir mediante ningún otro, lo único que podemos preguntarnos acerca de Dios es si existe o no. Pero preguntarnos si Dios existe es también la única manera de dar a ese concepto una existencia hipotética. ¿Me sigue ahora?

Mauricia – Lo intento…

Sócrates – ¿Existen los unicornios? ¡Conteste!

Mauricia – ¿Los unicornios? Pues… No, naturalmente.

Sócrates – Y, sin embargo, el mero hecho de preguntarse si existen los unicornios ya les da una existencia virtual. A partir de ahí, podemos contar mil cuentos sobre ellos, escribir libros infantiles e incluso pintar cuadros que acaben en los museos. ¿Ha visto usted en un museo de pintura antigua algún cuadro con dinosaurios?

Mauricia – Pues no, la verdad.

Sócrates – Y, sin embargo, los dinosaurios sí existieron. Para los seres humanos, una fábula reciente suele ser más real que una verdad remota.

Socorro – Así que Dios existe en la imaginación de los seres humanos que lo inventaron, tanto como los unicornios.

Sócrates – En cuanto a si Dios existe de verdad, la cuestión es si necesitamos esa hipótesis para comprender el mundo con nuestros escasos recursos intelectuales.

Mauricia – ¿Y?

Sócrates – Esa es precisamente la pregunta que ya he contestado.

Socorro – Solo hace falta la idea de Dios si aceptamos esa improbable hipótesis de un tiempo lineal, con un principio, una causa primera que habría creado el mundo y una finalidad última.

Mauricia – Así que Dios no existe y Pascal perdió su apuesta…

Sócrates – Fue una apuesta estúpida…

Socorro – Un tiempo circular… Entonces, la creación del mundo viene a ser lo del huevo y la gallina.

Sócrates – La gallina se dedica a filosofar… y al final es usted quien acaba pagando el pato. Bueno, ¿se lleva estas zanahorias?

Mauricia – Sí, sí, claro…

Sócrates pesa las zanahorias.

Sócrates – Medio kilo de zanahorias… *(Coge un libro de un cajón y lo añade a la balanza.)* Y medio kilo de literatura. Un kilo por el precio de medio.

Mauricia – ¿Qué es? ¿Los *Pensamientos* de Pascal?

Sócrates – Un libro de cocina. Créame, le será mucho más útil para saber qué hacer con esas zanahorias…

Mauricia le da unas monedas a Sócrates, que las recoge.

Sócrates – Señoras…

Sócrates vuelve a entrar en su tienda, dejando a las dos mujeres sin habla.

Mauricia – ¡Qué hombre!

Socorro – Desde luego, ha convertido la frutería en una escuela del método socrático.

Mauricia – Bueno, me voy a preparar mi sopa.

Socorro – Anda, ¿dónde habré dejado al perro? ¿No lo habrá visto usted por casualidad?

Mauricia – Ni siquiera sabía que tenía perro…

Socorro – ¡Dios!

Mauricia – ¿Su perro se llama Dios?

Socorro – De ese al menos sé que existe. Y cuando lo llamo, viene.

Mauricia – Ahí tiene la prueba…

Socorro – ¡Dios! ¡Ven aquí, chico!

Mauricia – Solo la fe nos salva…

Socorro – ¿Dónde se habrá metido este chucho? ¡Te voy a devolver a la protectora, ya verás!

Mauricia – Bueno, la dejo… Hasta otra…

Mauricia se marcha. Socorro se aleja también, sin dejar de llamar a su perro.

Socorro – ¡Vamos, aquí! ¡No me voy a poner de rodillas! ¡Dios! ¡Ya verás cuando te pille!

Entra Ben, con pinta de maleante y en actitud de alerta. Lleva un gorro. Después de mirar a ambos lados, se lo baja sobre los ojos (resulta ser un pasamontañas), saca un revólver del bolsillo y entra en la tienda. Durante unos instantes no pasa nada. Se oye ladrar a un perro, un chirrido de neumáticos y luego silencio. Ben sale, cabizbajo, sin el pasamontañas, seguido de Sócrates, que sostiene el revólver por el cañón.

Sócrates – Anda, por una vez voy a permitirme una cita, joven amigo. ¿Conoce el refrán «Quien roba un huevo roba un buey»?

Ben – Mi maestro nos lo repetía mucho en el colegio, en las clases de moral.

Sócrates – Por lo visto, no se aprendió bien la lección…

Ben – Lo siento de veras, señor.

Sócrates – ¿Y qué cree usted que significa ese refrán?

Ben – Yo qué sé… Que lo difícil es dar el primer paso… Empiezas robando un huevo y acabas robando el buey entero…

Sócrates – ¿Entonces?

Ben – Entonces, lo mejor es no robar nada, ni siquiera un huevo…

Sócrates – Esa sería, seguramente, la interpretación que le daba a ese refrán su maestro.

Ben – ¿Es que no significa eso?

Sócrates – Se puede interpretar así, sí… Pero también puede significar todo lo contrario.

Ben – ¿Lo contrario?

Sócrates – Quien roba un huevo roba un buey también puede querer decir que robar un huevo equivale a robar un buey, ¿no? Que es igual de grave…

Ben – Eh… Sí…

Sócrates – Seguro que después del colegio ibas a catequesis, ¿me equivoco?

Ben – Hasta fui monaguillo… De hecho, allí empecé a robar vino de misa…

Sócrates – ¿Y qué dicen los Diez Mandamientos sobre el robo?

Ben – No robarás… Si no recuerdo mal, es el séptimo artículo de la Constitución…

Sócrates – El séptimo mandamiento, en todo caso. No confundas el juicio oral con el Juicio Final…

Ben – El Juicio Final…

Sócrates – El caso es que la Biblia no dice «No robarás un huevo, y mucho menos un buey». La Biblia no se dedica al comercio al por menor. Robes un huevo o robes un buey, la tarifa es la misma, por muy grande que sea el buey. Es pecado mortal y punto. Robes poco o robes mucho, en el infierno hace el mismo calor. ¿No es así, muchacho?

Ben – Sí, señor…

Sócrates – Y desde el punto de vista de la ley penal, lo mismo. Un robo es un robo. La pena es la misma, sea cual sea el valor del botín, ¿no?

Ben – Supongo…

Sócrates – Si robas a mano armada, te espera un juicio por un delito grave. Y si reincides, puedes acabar pasando la vida en prisión…

Ben – Ah, caramba…

Sócrates – ¿Te parece muy inteligente arriesgarte a pasar la vida en la cárcel por los cuatro billetes que habrías encontrado en mi caja?

Ben – No, la verdad…

Sócrates – Bien… Ya vas entrando en razón… ¿Ves el banco que hay ahí enfrente?

Ben – Sí, señor…

Sócrates – Puestos a arriesgarte a pasar la vida en la cárcel, ¿no te saldría más a cuenta llevarte todo lo que hay en su caja fuerte?

Ben – Sí, claro…

Sócrates – ¡Un poco de ambición, por Dios! ¡Hay que pensar a lo grande, hombre! Pero nada de violencia innecesaria. Porque con el quinto mandamiento pasa lo

mismo. «No matarás» no dice que te salga más barato si el tipo al que te has cargado era poco recomendable y nadie lo va a echar de menos…

Ben – Lo entiendo, señor, se lo juro…

Sócrates se guarda el arma en el bolsillo.

Sócrates – Bueno, de momento me quedo con tu revólver…

Ben – ¿Puedo irme, entonces? ¿No va a llamar a la policía?

Sócrates – Anda, vete, muchacho. Y acuérdate: quien roba un huevo roba un buey. Así que más vale robar directamente el buey.

Ben – Un buey…

Sócrates – O una gallina, si prefieres empezar por algo pequeño. Por lo menos tendrás huevos todas las mañanas sin jugarte la cárcel todos los días.

Ben – ¿Una gallina, dice usted?

Sócrates – ¿Por qué crees que siempre se habla de ladrones de gallinas y no de ladrones de huevos?

Ben – No lo sé, señor…

Sócrates – Seguro que el capitalismo empezó así. ¿Lo pillas? Un tipo robó una gallina y se puso a vender huevos.

Ben – ¿Y dónde se roba una gallina?

Sócrates – Tienes razón, cada vez es más difícil encontrar gallinas, sobre todo en la ciudad. Y como veo que no tienes muchas luces, siempre puedes atracar un banco de niebla…

Ben – Gracias, señor.

Sócrates coge un puerro del puesto y se lo da a Ben.

Sócrates – Toma. Nunca se sabe cuándo puede hacerte falta…

Ben – Gracias…

Sócrates – Y no lo olvides: ¡la propiedad es un robo!

Ben – Sí, señor…

Sócrates – Ve en paz, hijo mío… *(Sócrates lo bendice haciendo la señal de la cruz y Ben se marcha bastante desorientado.)* Estos jóvenes… A saber qué les enseñan en el colegio…

Sócrates vuelve a entrar en su tienda. Llega Eva. Se detiene ante los cajones y mira los libros. Entra Carlos, con un plano en la mano y cara de estar perdido.

Carlos *(a Eva)* – Perdone, busco el callejón sin salida del Progreso… Creo que no queda muy lejos de aquí, pero…

Eva – ¿El callejón sin salida del Progreso? Me suena de algo, pero no caigo…

Carlos – Según este plano, tengo que seguir por el paseo de Lenin y continuar por la calle de Karl Marx hasta la avenida del Che Guevara. El callejón sin salida del Progreso desemboca en la plaza de la Amistad entre los Pueblos…

Eva – Uy… Pero, hombre, está usted completamente perdido. ¿De qué año es ese plano?

Carlos – No sé… En el centro de una ciudad, las calles no cambian mucho, ¿no?

Eva – Las calles, no… A ver… *(Coge el plano y lo examina.)* ¡De 1955! ¡Figúrese!

Carlos – ¿Qué?

Eva – ¡Desde 1955 ha caído el muro de Berlín! El ayuntamiento cambió de color político y las calles cambiaron de nombre…

Carlos – ¿Y entonces?

Eva – Ahora tiene que seguir por el paseo de Churchill y continuar por la calle de Karl Lagerfeld hasta la avenida de los hermanos Marx. El callejón sin salida del Progreso desemboca en la plaza de la Revolución Digital.

Carlos – Al menos el callejón sin salida del Progreso sigue llamándose igual.

Eva – ¿Adónde va exactamente?

Carlos – Al Instituto Nacional de Investigación Científica.

Eva – ¿En el callejón sin salida del Progreso? ¡Ah, ya no está ahí!

Carlos – ¿No está?

Eva – Ahora está la Iglesia de la Cienciología.

Carlos – ¿En serio?

Eva – El Instituto de Investigación se ha trasladado. Ahora está en el paseo de Nostradamus.

Carlos – ¿Y eso dónde está?

Eva – Siga recto, coja la primera a la izquierda y verá el cementerio. Está justo enfrente.

Carlos – Bueno, muchas gracias.

Eva – De nada…

Carlos se marcha. Eva vuelve a mirar los libros. Sócrates sale de su tienda.

Sócrates – ¿Busca algo en particular?

Eva – No, estoy mirando…

Sócrates – Mire todo lo que quiera… Aunque le aconsejo más bien la fruta y la verdura, que están de temporada. Ahí, salvo alguna excepción, solo encontrará ideas caducadas… ¿Le puedo ofrecer una manzana?

Coge una manzana del puesto y se la ofrece a Eva.

Eva – Gracias… *(Le da un mordisco a la manzana y sigue mirando los libros un rato.)* Bueno, en realidad sí… Llevo años buscando un libro… Pero sería un milagro que usted lo tuviera.

Sócrates – Los milagros son mi especialidad.

Eva – Está descatalogado. Por si acaso, miro siempre que paso por un puesto de libros de segunda mano. Pero se vendieron tan pocos ejemplares…

Sócrates – Diga, diga…

Eva – Es un poemario titulado *Rimas huérfanas*.

Sócrates – *Rimas huérfanas*…

Eva – Un librito que su autor publicó por su cuenta hace ya bastantes años…

Sócrates – No hay libros pequeños, solo autores pequeños… Ediciones Confidenciales, ¿verdad?

Eva – ¿Conoce el libro?

Sócrates – Lo tuve entre las manos hace poco, sí. Hasta lo hojeé…

Eva – ¿Y todavía lo tiene?

Sócrates – Por desgracia, la semana pasada lo cambié por medio kilo de calabacines. Hay que pagar a los proveedores…

Eva – ¡Qué mala suerte! ¿Se acuerda de a quién se lo vendió?

Sócrates – Como las prostitutas, tengo unos cuantos clientes habituales, pero ese era de paso. No lo he vuelto a ver desde entonces…

Eva – ¿Puedo dejarle mi número de teléfono, por si acaso?

Sócrates – A veces mis lectores me traen los libros de vuelta cuando los han leído, porque ya no tienen nada nuevo que llevarse a la boca…

Eva le entrega su tarjeta de visita. Sócrates la coge.

Eva – ¿Y qué ocurre en esos casos?

Sócrates – Les compro el libro a cambio de medio kilo de fruta o verdura fresca.

Eva – Es usted un tendero de lo más peculiar…

Sócrates – Hago trueques, vendo, compro… Es lo que se llama el pequeño comercio… Medio kilo de zanahorias por un libro de bolsillo. Hasta un kilo de judías verdes por un libro encuadernado en piel. O un kilo de trufas, si es una edición con los cantos dorados.

Eva – El libro que busco estaba impreso en papel reciclado…

Sócrates – También depende del contenido, claro. El papel puede ser reciclado, siempre que no lo sean las ideas que lleva impresas.

Eva – Así que medio kilo de calabacines por *Rimas huérfanas*.

Sócrates – Bueno, depende de la cara que tenga el cliente… Ese debió de caerme simpático. También hay veces que regalo mis verduras o me niego a venderlas, ¿sabe? Y no todo lo que escasea es necesariamente caro. Si no hay demanda, como pasa con la poesía… ¿Ha leído a Adam Smith?

Eva – No…

Sócrates – Un economista escocés… Cuando se trata de hacer economías, los escoceses no tienen rival… *(Viendo que su interlocutora está pensando en otra cosa.)* De acuerdo, si vuelvo a ver a ese señor, la llamo.

Eva – Gracias… ¿Y dice que hojeó el libro?

Sócrates – Leí unos cuantos poemas… Recuerdo uno en particular:

La amapola sueña al borde del camino,
fuera del campo, donde no la espera cosecha alguna.
Imperfecta como el esbozo de una flor,
ya la cubre el polvo del mundo,
como si fuera harina.
No da buen pan blanco,
sino un cruasán de luna.

Eva – ¡Bravo! ¡Qué memoria! Así que le gustó la amapola. Bueno, no tanto como para resistir la tentación de cambiarla por medio kilo de calabacines, pero…

Sócrates – Al menos, me pareció sincero… Lo mínimo que se le puede pedir a un libro es sinceridad. Por desgracia, la mayoría de los libros que se publican hoy parecen cocinados siguiendo un recetario literario.

Eva – Bueno, no le quito más tiempo…

Sócrates – Eso es lo que se suele decir cuando uno empieza a aburrirse.

Eva – Pues hasta pronto, espero…

Eva se dispone a marcharse. Sócrates coge algo de un cajón.

Sócrates – Tenga… Un ramo de perejil. Invita la casa.

Eva – Gracias. Hacía mucho tiempo que un hombre no me regalaba un ramo…

Eva se marcha. Aparece Ben corriendo, muerto de miedo y claramente perseguido. Sócrates comprende la situación sin que haga falta decir una palabra.

Sócrates – Parece que tu retirada de fondos del banco no ha salido como esperabas… *(Ben lo mira, desamparado.)* Al almacén, al fondo de la tienda.

Ben se precipita al interior. Entra el comisario Sánchez, acompañado de su ayudante, Ramírez.

Sócrates – Buenos días, comisario. ¿Qué le trae por aquí?

Sánchez – Lo de siempre, buen hombre… Un atraco a una sucursal bancaria…

Sócrates – Estoy seguro de que entre los dos detendrán al culpable enseguida.

Sánchez – Precisamente lo estamos buscando. ¿No lo habrá visto pasar por casualidad?

Sócrates – Depende… ¿Qué aspecto tiene?

Sánchez se vuelve hacia Ramírez.

Ramírez – Llevaba un pasamontañas, jefe.

Sócrates – No he visto pasar a nadie con pasamontañas… ¿Algún herido?

Sánchez – ¡Qué va! Un principiante. Salió corriendo y dejó allí el arma.

Ramírez – Creíamos que escondía una escopeta de cañones recortados debajo del abrigo. Pero resultó que no era más que un puerro…

Sócrates – ¿Un puerro?

Sánchez – ¿No será de su tienda, por casualidad?

Sócrates – Vendo muchos puerros, ¿sabe? ¿De qué calibre era?

Sánchez coge un puerro de una caja y lo muestra.

Sánchez – Más o menos como este.

Sócrates – Ah, sí, uno de esos ya puede hacer bastante daño… *(Al ver que Ramírez se fija en los cajones de libros.)* ¿Le apetece un buen libro para distraerse un poco?

Ramírez – ¿Tiene novelas policiacas?

Sánchez le dirige una mirada de desaprobación.

Sánchez – En todo caso, no tenemos tiempo. Estamos de servicio.

Sócrates – *El atraco del puerro*… ¿No le parece un buen título para una novela negra?

Sánchez – Así que no ha visto nada…

Sócrates – Yo, en su lugar, echaría un vistazo por el cementerio. Hace un rato he visto a un tipo de lo más raro corriendo hacia allí.

Ramírez – ¡Y nos lo dice ahora!

Sócrates – Pensé que había salido a correr. Pero, ahora que lo dice, me parece que corría bastante deprisa.

Sánchez – Gracias, de todos modos.

Sánchez y Ramírez se marchan en dirección al cementerio. Sócrates entra en la tienda y vuelve a salir unos instantes después. Mira a ambos lados antes de hacerle una seña a Ben para que salga. Le indica la dirección contraria a la que ha tomado el comisario.

Sócrates – Tira mejor por ahí si quieres evitar compañías poco recomendables.

Ben – Gracias.

Sócrates – Y un consejo: abandona tu carrera de ladrón, aunque sea de gallinas. Se ve que no tienes mucho talento para tan noble profesión…

Ben – Se lo prometo.

Sócrates – No te digo que te pongas a trabajar, eso ya sería exagerar. Pero no sé…

Ben se fija en los libros.

Ben – Igual debería empezar a leer un poco…

Sócrates – Sinceramente, no te aconsejo que leas… Empezar a tu edad podría ser mortal…

Ben – Bueno, mejor me largo antes de que vuelvan los polis…

Sócrates – ¿Seguro que no se te olvida nada?

A regañadientes, Ben saca de los bolsillos tres paquetes de galletas de chocolate que ha cogido dentro de la tienda.

Ben – Perdón… La costumbre.

Sócrates recupera los paquetes de galletas y le ofrece una fruta a Ben.

Sócrates – Anda, tómate una pera. Ya sabes que para estar sano hay que comer cinco raciones de frutas y verduras al día. Con el puerro, ya llevas dos. Hasta tienes mejor cara. Venga, largo…

Ben se marcha. Sócrates entra en la tienda para dejar las galletas en su sitio. Llega Adán y se pone a mirar los libros. Eva vuelve a pasar y se detiene a echar un vistazo a las frutas y verduras. Adán se fija en ella, visiblemente atraído por su encanto.

Adán – Perdone, ¿puedo preguntarle una cosa?

Eva *(con recelo)* – Sí…

Adán – ¿No nos hemos visto antes en alguna parte?

Eva – ¿Es lo único que se le ha ocurrido?

Adán – ¿Para qué?

Eva – ¡Para ligar conmigo!

Adán – No estoy intentando ligar con usted… Bueno, sí, pero… Eso no quita que tenga la impresión de haberla visto antes. Las dos cosas no son incompatibles, ¿no? ¿Por qué no iba a intentar ligar con alguien a quien me parece haber visto antes?

Eva *(dispuesta a marcharse)* – Pues yo no lo conozco a usted. Así que, con su permiso…

Adán – ¡Espere un momento! Hay otra cosa que quería preguntarle…

Eva – Una última pregunta, entonces. Es su último comodín… Adelante…

Adán – Verá… Lo he dicho por decir algo, para que no se fuera y ganar un poco de tiempo… Me da tanto miedo no volver a verla… Pero ahora mismo no se me ocurre nada… Si me da unos segundos más, seguro que se me ocurre alguna pregunta…

Eva – Para entonces ya me habré ido…

Adán – O bien me deja su dirección y, cuando me acuerde de la pregunta, se la hago por escrito. No tiene más que mandarme la respuesta por correo…

Eva – ¡Eso sí que es nuevo! Es la primera vez que un desconocido me propone de entrada una relación por correspondencia.

Eva empieza a marcharse.

Adán – ¡No! ¡Ya está, ya lo tengo! *(Se vuelve hacia las verduras.)* Quería preguntarle cómo se hacen las patatas gratinadas.

Eva – ¿Las patatas gratinadas?

Adán – ¿Por qué no? Las patatas gratinadas están buenísimas… No son muy ligeras, eso sí, pero están buenísimas…

Eva – O sea, que solo porque soy mujer, lo primero que se le ocurre pedirme es la receta de las patatas gratinadas. ¡Es usted un machista insoportable!

Adán – Ahora está siendo injusta… No es lo primero que se me ha ocurrido. Es que no ha querido contestar a mi primera pregunta…

Eva – Que, si no recuerdo mal, era: «¿No nos habremos visto antes en alguna parte?». ¿Alguna vez consigue ligar con una técnica tan penosa?

Adán – Pocas veces, la verdad, pero es mi estilo. Qué quiere, uno es como es…

Eva – El estilo es el hombre. Estoy de acuerdo. Por eso le digo adiós…

Adán – Dígame al menos cómo se llama…

Eva – Eva…

Adán – Yo me llamo Adán. Y no le digo adiós porque estoy seguro de que estamos hechos el uno para el otro. Lo cual implica, naturalmente, que estamos destinados a volver a vernos muy pronto…

Eva – ¿Qué le hace estar tan seguro?

Adán – ¡Adán y Eva! ¡Eso tiene que ser una señal! ¿No cree?

Eva – ¡Anda ya!

Adán – Eva… Cada noche, al dormirme, solo en mi cama, pronunciaré su nombre entre suspiros. *(Eva se marcha disimulando una sonrisa divertida.)* ¡La he visto! ¡Ha sonreído!

Eva *(fuera de escena)* – ¡En sus sueños!

Sócrates vuelve a salir con un paquete de galletas de chocolate en la mano.

Sócrates – ¿Quiere una galleta?

Adán – Gracias, pero procuro no picar entre horas.

Sócrates – Yo también, pero, como me encanta picar, he optado por suprimir las comidas. ¿Nos hemos visto antes, verdad?

Adán – La última persona a la que le he hecho esa pregunta me ha acusado de intentar ligar con ella.

Sócrates – No se preocupe. Usted no es en absoluto mi tipo…

Adán – Le compré un libro hace algún tiempo.

Sócrates – *Rimas huérfanas*.

Adán – Eso es.

Sócrates – Se lo ha leído, no le ha gustado y viene a vendérmelo…

Adán – En absoluto. Al contrario, me ha encantado. Hasta se ha convertido en mi libro de cabecera:

Nuestros ojos, dos mitades de naranja exprimida,
se derraman hacia el hueco de la ausencia.
Brillan un instante,
asombrados ante la inminencia creciente de la partida.

Sócrates – Las naranjas siempre han inspirado mucho a los poetas…

Adán – En realidad, venía a preguntarle si tenía algo más del mismo autor.

Sócrates – Creo que es su único libro, pero nunca se sabe. A lo mejor hay un segundo. Mientras un autor siga vivo, siempre existe el riesgo de reincidencia. ¿Así que todavía lo tiene?

Adán – Claro. ¿Por qué?

Sócrates – Ha pasado por aquí una joven hace un rato. Lo estaba buscando.

Adán – Qué curioso. No es un libro muy conocido. Yo, desde luego, no había oído hablar de él hasta que lo hojeé aquí. Busqué en internet información sobre el autor, pero no encontré nada.

Sócrates – Andy Warhol decía que todo el mundo tenía derecho a sus quince minutos de fama. Hoy en día, lo que se ha convertido en un privilegio al alcance de muy pocos es el anonimato absoluto… ¿Estaría dispuesto a vendérmelo?

Adán – Es usted un librero de lo más peculiar…

Sócrates – Me lo dicen a menudo. Y como frutero, ni le cuento… Le doy un kilo de tomates por él. Si no recuerdo mal, se lo vendí por medio kilo de calabacines.

Adán – No debe de sacar mucho beneficio.

Sócrates – Para los entendidos, también vendo unas setas que le hacen ver la vida de otros colores. Las tengo en la trastienda… Por si le interesa… Naturalmente, son algo más caras, pero le garantizo que merece la pena el viaje…

Adán – Lo siento, yo las setas las prefiero en tortilla… No pensaba desprenderme de ese libro, pero, si su clienta tiene tanto interés… Puedo quedarme con una fotocopia y darle el original.

Sócrates – Estupendo, voy a llamarla. ¿A qué hora podría volver?

Adán – Se lo traeré a última hora de la mañana. *(Examina la fruta y la verdura.)* ¿Están buenos esos tomates?

Sócrates – Están en plena temporada.

Adán – ¿Y esos melones son de aquí, como dice el cartel?

Sócrates – Sí… Aunque depende de lo que entienda por «de aquí». Si el camión que los trae del extranjero ha pasado por aquí, algo de aquí tendrán. A eso lo llaman globalización, por lo visto…

Adán – Entonces me llevaré mejor un melón. ¿Me guarda uno?

Sócrates – Sin problema. *(Adán se dispone a marcharse. Sócrates coge un libro y se lo ofrece.)* Tome, ahí encontrará seguramente la receta de las patatas gratinadas…

Adán sonríe, coge el libro y se marcha. Sócrates saca el móvil, marca un número y entra en la tienda. Vuelven Sánchez y Ramírez. Ramírez lleva una bolsa de basura al hombro.

Ramírez – ¡Bravo, comisario! Otro caso resuelto en tiempo récord…

Sánchez – ¿Está seguro de que está todo ahí dentro?

Ramírez – Eso nos lo dirá el forense cuando consiga encajar todas las piezas… ¿Se da cuenta? Si ahora las amas de casa de más de cincuenta años se dedican a atracar bancos… ¿Adónde vamos a parar?

Sánchez echa un vistazo a la tienda.

Sánchez – ¿Sabía que esta tienda de alimentación árabe la lleva un portugués?

Ramírez – No…

Sánchez – Nuestro oficio consiste en saberlo todo, Ramírez. Un inocente no es más que un culpable que aún no lo sabe…

Ramírez *(mirando también la tienda)* – Tiene razón, jefe… Eso también huele mal…

Sánchez y Ramírez se marchan. Sócrates vuelve a salir de la tienda con el móvil en la oreja.

Sócrates – Estupendo, pues la espero dentro de un rato…

Guarda el móvil. Vuelve Mauricia.

Mauricia – ¿No se ha enterado?

Sócrates – Depende… ¿De qué?

Mauricia – ¡De lo de Socorro!

Sócrates – ¿Socorro?

Mauricia – ¡La señora a la que antes le ha encasquetado *El discurso del método*!

Sócrates – No sabía que se llamaba Socorro. Si lo hubiera sabido, no le habría vendido ni los plátanos…

Mauricia – ¿Y eso por qué?

Sócrates – Por principio, nunca hago negocios con nadie que se llame Socorro… Con ese nombre, no puede traer más que problemas. Pero bueno, lo hecho, hecho está. ¿Y qué? ¿No le ha gustado Descartes?

Mauricia – ¡Se ha muerto!

Sócrates – De aburrimiento, no, espero. Me sentiría un poco responsable…

Mauricia – ¡La ha atropellado una máquina quitanieves!

Sócrates – ¿Una quitanieves? ¡Pero si estamos en agosto!

Mauricia – Por lo que me han contado, la llevaban al taller municipal para repararla…

Sócrates – Las cosas del destino…

Mauricia – Créame, era un espectáculo horroroso. Si no hubiera visto que llevaba ese libro en la mano, no habría sabido que era ella. Yo misma he identificado el cadáver… Bueno, lo que se dice el cadáver…

Entra Socorro.

Socorro – ¡Vaya caras! ¡Parece que acaban de ver a un fantasma!

Los otros dos se quedan atónitos.

Sócrates – ¿No le decía yo que la vida es un eterno volver a empezar?

Mauricia – ¿Pero usted no se había muerto?

Socorro *(a Sócrates)* – ¿Por qué? ¿Tengo cara de muerta?

Sócrates – No más que de costumbre…

Socorro – La gente tiende a exagerar…

Mauricia – ¡Pero si la he visto antes cerca del taller, con el libro debajo del brazo! Solo que el brazo estaba a un lado de la carretera y el resto del cuerpo, en varios trozos, al otro…

Socorro *(a Sócrates)* – ¡Ah, su libro! Ya que lo menciona… Le confieso que no conseguí meterme en él. Lo dejé a las tres páginas…

Sócrates – ¿Y quiere que se lo vuelva a comprar?

Socorro – No, se lo di a un pobre hombre que pasaba por allí. Pareció entusiasmarle, porque se enfrascó en la lectura nada más cogerlo. Le dije que no era muy prudente leer mientras iba andando por la calle, pero qué quiere…

Mauricia – Pues entonces debió de ser a él a quien atropelló la quitanieves…

Socorro – Me dijo que *El discurso del método* seguramente le ayudaría a recomponer su vida…

Mauricia – Por lo que he visto, ahora van a tener que recomponerlo a él.

Socorro – Bueno, mucha charla, pero yo tengo que ir a preparar mi sopa.

Mauricia – Y yo mi ternera con zanahorias a la porra…

Socorro – ¿A la porra? ¿Es una receta de su abuela?

Mauricia – De mi abuelo. Era policía. Decía que para ablandar la carne no había nada como unos buenos porrazos…

Se marchan. Sócrates ordena un poco el puesto y entra en la tienda. Vuelve Eva, al mismo tiempo que llega Carlos.

Eva – Bueno, ¿ha encontrado el Instituto de Investigación?

Carlos – Sí, sí, muchas gracias. Era en el paseo de Nostradamus, tal como me dijo.

Eva – ¿Así que es usted científico?

Carlos – En un principio, sí… Durante años trabajé en la teoría del Big Crunch.

Eva – Tiene que ser apasionante.

Carlos – ¿Sabe lo que es?

Eva – No, pero no me atrevía a preguntárselo por no quedar como una idiota… Lo único que conozco con ese nombre es una chocolatina crujiente, pero no creo que eso le interese mucho al Instituto.

Carlos – El Big Crunch viene a ser una especie de Big Bang, pero al revés.

Eva – Extraordinario…

Carlos – Por desgracia, es una teoría que ya no está de moda.

Eva – Cuánto lo siento…

Carlos – Según los últimos datos, parece que la expansión del universo se acelera constantemente.

Eva – Igual se arregla, ¿no? En todo caso, si puedo hacer algo por usted…

Carlos – Así que ahora hago algunos trabajos por encargo para la policía.

Eva – ¿La policía?

Carlos – La policía científica… Me han pedido que identifique al autor original del universo en relación con un caso de plagio…

Eva – ¡Pero eso es todavía más apasionante!

Carlos – ¿Usted cree?

Eva – No, lo decía solo por animarlo un poco…

Carlos – Además, va en contra de todas mis convicciones. Siempre me he opuesto frontalmente al creacionismo.

Eva – Lo comprendo…

Carlos – Bueno, la dejo… Por desgracia, tengo que volver allí…

Eva – ¡Suerte con sus investigaciones!

Carlos se marcha, abatido. Llega Adán y se encuentra cara a cara con Eva.

Adán – ¡Ya está, ya me acuerdo! ¡Es usted la autora de *Rimas huérfanas*!

Eva – ¿Cómo lo sabe?

Adán – Su foto sale en la contraportada.

Eva – Creía que nadie había leído ese libro…

Adán – Yo sí. Y, por lo visto, no soy el único. He quedado aquí con alguien que quiere comprármelo a precio de oro. Ya empiezan a disputarse su libro, ¿ve? El principio de la gloria…

Eva – ¿Usted cree…?

Adán – ¡En cualquier caso, no mentía cuando le decía que ya la había visto en alguna parte!

Eva – Soy yo.

Adán – ¿Usted?

Eva – Soy yo quien quiere comprarle ese libro.

Adán – Pero ¿por qué va a querer una autora comprarse su propio libro?

Eva – Mi casa se hundió…

Adán – Su casa editorial, querrá decir…

Eva – Cuando una se autopublica, viene a ser lo mismo…

Adán – Y entonces su… editorial se fue a pique.

Eva – ¡Que se hundió, le digo! Vivía en una casa flotante.

Adán – Ah, vale… Un naufragio, entonces…

Eva – No me queda ni un solo ejemplar. Quería recuperar al menos uno. Es una parte de mí, ¿comprende?

Adán – Lo comprendo…

Eva – ¿Y bien?

Adán – ¿Y bien qué?

Eva – ¿Me lo vendería?

Adán – Depende del precio…

Eva – Usted es un caballero. No irá a aprovecharse de la situación, ¿verdad?

Adán – Creía que era un machista insoportable…

Eva – ¿Cuánto quiere por él?

Adán – Hace poco me han ofrecido un kilo de tomates.

Eva – Y eso no le basta…

Adán – Digamos que, además, quiero algo por encima de la mesa.

Eva – Se dice por debajo de la mesa…

Adán – En este caso, no. Le cambio el libro por una invitación a cenar. Podemos compartir este melón en una mesa.

Eva – En la suya, por ejemplo…

Adán – Acaba de decirme que ya no tiene casa… ¿Eso es un sí?

Eva – Me interesa muchísimo recuperar el libro.

Adán – Y no pienso desprenderme de él tan fácilmente.

Eva – Muy bien. Lo hablamos mientras comemos melón.

Adán coge un melón del puesto y los dos se marchan. Sócrates sale de su tienda.

Sócrates – El amor, siempre el amor…

Entran el comisario Sánchez y su ayudante Ramírez.

Sánchez – ¿Lo dice por nosotros?

Sócrates – Bueno, comisario, ¿cómo va la investigación?

Sánchez – Lo tenemos todo en la bolsa.

Ramírez – Hemos encontrado al fugitivo.

Sánchez – Muerto. Lo ha aplastado una quitanieves que estaba averiada.

Ramírez – La autopsia ha revelado que era un hombre que vestía de mujer y se hacía llamar Socorro.

Sánchez – Llevaba esto en la mano. *(Sánchez le tiende a Sócrates El discurso del método.)* ¿No será de su tienda, por casualidad?

Ramírez – Como el puerro…

Sócrates – *El discurso del método*…

Ramírez – Ya ve que se puede ser un delincuente y un filósofo a la vez.

Sócrates – Y al revés también, por cierto. La filosofía suele ser una estafa intelectual…

Vuelve Socorro, muy alterada.

Socorro – ¡Dios mío, comisario, qué alegría encontrarlo! He perdido a mi perro…

Sánchez – Verá… Por lo general, no es esa clase de desapariciones la que investiga la policía.

Socorro – Se lo ruego, comisario… Mi abuelo pertenecía al cuerpo. Y sé que a usted le gustan los animales.

Ramírez – ¿De qué color era su perro?

Socorro – Naranja.

Ramírez – ¿Naranja? ¿Quiere decir que llevaba un abrigo naranja?

Socorro – ¡Un abrigo! ¡En esta época del año! ¡Qué ocurrencia!

Ramírez – Se ve cada cosa por ahí, ¿sabe?

Socorro – No, lo que es naranja es el pelo de mi perro.

Sánchez – ¿O sea que se lo tiñe?

Socorro – ¡Qué va! ¿Por qué dice eso? ¡Es su color natural!

Sócrates – ¿Me permite que le haga una pregunta a la señora, comisario?

Sánchez – Por supuesto. Si sirve para hacer avanzar la investigación…

Sócrates – ¿De qué color tiene el pelo el señor comisario, señora?

Socorro – ¡Pues violeta, evidentemente!

Sócrates – Creo que he resuelto ese misterio, comisario.

Socorro – ¡Pero eso no me devuelve a mi perro!

Sánchez – Ramírez, ocúpese de este asunto, haga el favor.

Ramírez *(marchándose con Socorro)* – ¿Cómo se llama su perro, señora?

Sócrates – Parece que hay algo que lo preocupa, comisario.

Sánchez – Estoy investigando un caso de enormes proporciones… Le cuento esto en la más estricta confidencialidad… Y solo porque tengo una especial debilidad por los portugueses. ¿Me entiende?

Sócrates – En absoluto… Pero no diré una palabra, se lo prometo.

Sánchez – Se trata de un caso de plagio.

Sócrates – ¿De uno de mis libros?

Sánchez – Sí, entre otras cosas…

Sócrates – ¿Entre otras cosas?

Sánchez – También de sus frutas y verduras…

Sócrates – ¿Un plagio de frutas y verduras?

Sánchez – Ya le he dicho que es un caso enorme… Agárrese bien: al parecer, el plagio afecta a todo el universo.

Sócrates – ¡No me diga!

Sánchez – Parece que todo esto no es más que una gigantesca falsificación.

Sócrates – ¿Y la denuncia la ha presentado el autor de la obra original?

Sánchez – ¿El autor? A ese también lo estamos buscando, fíjese. Hemos puesto a la policía científica a trabajar en ello.

Sócrates – Increíble, desde luego… ¿Y qué fue lo que despertó sus sospechas, comisario?

Sánchez – También esto que le voy a contar es alto secreto. Pero sé que puedo contar con su discreción, ¿verdad?

Sócrates – Por supuesto…

Sánchez – El Ministerio de Defensa acaba de comunicarnos que hay un unicornio suelto por la zona…

Sócrates – ¿Un unicornio?

Sánchez – Por lo visto, se ha escapado de la manada…

Vuelve Ramírez y oye el final de la conversación.

Ramírez – Comprenderá que un mundo en el que hay manadas de unicornios campando a sus anchas no puede ser más que una falsificación…

Sócrates – Evidentemente.

Sánchez – A no ser que…

Sócrates – ¿Sí?

Sánchez – En su opinión, ¿por qué esa señora que ha perdido a su perro ve la vida de tantos colores?

Ramírez – A lo mejor es daltónica… Y, encima, se llama Socorro…

Sánchez – O a lo mejor ha tomado algún alucinógeno… ¿Le importa que eche un vistazo a su tienda? A mí me gustan mucho las setas, y un confidente me ha dicho que las suyas son de otro mundo…

Sócrates – Por favor, usted primero…

Entran en la tienda. Eva y Adán vuelven a pasar por allí y se detienen.

Eva – Su melón estaba exquisito.

Adán – Un auténtico melón de la tierra.

Eva – Tiene razón, hay que desconfiar de las imitaciones… Gracias por la invitación… y por el libro.

Adán – Me han encantado sus *Rimas huérfanas*…

Eva – Y eso que solo vendí tres ejemplares. Y sospecho que los tres los compró mi madre. Para luego revenderlos y poder llenar la nevera.

Adán – Así que se puede tener madre y escribir rimas huérfanas.

Eva – A menos que muramos antes que nuestros padres, todos estamos destinados a quedarnos huérfanos tarde o temprano, ¿no?

Adán – Por eso, supongo, todos buscamos a nuestra alma gemela… Con la esperanza de que no muera antes que nosotros.

Se alejan de la mano, sonriendo como dos tontos. Vuelven Sánchez y Ramírez con Sócrates esposado.

Sánchez – Setas prohibidas en el almacén y un revólver en la caja registradora…

Sócrates – Si le dijera que le he quitado ese revólver a un chaval para impedir que hiciera una tontería, no me creería.

Ramírez – ¿Sabe a qué se enfrenta?

Sócrates – ¿Me van a condenar a beber cicuta?

Sánchez – ¿Qué es eso?

Sócrates – Un veneno. El que tuvo que beber Sócrates, el padre de la filosofía, una vez condenado.

Ramírez – ¿Y de qué lo acusaban?

Sócrates – De impiedad y de corromper a la juventud… Podría haberse fugado y salvado la vida, pero prefirió aceptar la sentencia para demostrar que la obediencia a la ley es el fundamento de la justicia.

Sánchez – Una actitud un tanto autoritaria, en efecto. Pero no va a ser un policía como yo quien predique la desobediencia civil…

Sócrates – La fruta de la filosofía ya tenía el gusano dentro desde el principio. Hasta Sócrates se creía Jesucristo…

Sánchez – De todos modos, ese gusto por hacer del sacrificio un espectáculo les proporcionó a los dos bastante fama.

Sócrates – Los seres humanos siempre han adorado a los mártires. Tienen uno para cada día del calendario. ¿Sabe por qué me va a quitar estas esposas?

Sánchez – Ni siquiera sabía que se las iba a quitar.

Sócrates – Me las va a quitar, créame.

Sánchez – ¿Para no convertirlo en un mártir?

Sócrates – Porque usted no es un comisario de verdad.

Sánchez – ¿Ah, no?

Sócrates – Como tampoco yo soy frutero ni librero.

Sánchez – ¿Qué le hace pensar que no soy comisario?

Sócrates – Acaba de decirme que el mundo entero es una falsificación… Por tanto, usted, que lleva la investigación, tampoco puede ser un policía auténtico.

Sánchez – El razonamiento tiene su lógica.

Sócrates – Además, ayer fui al teatro y usted ya estaba haciendo de comisario.

Sánchez – Al parecer, es mi papel de siempre.

Ramírez – ¿Y el actor secundario, qué le pareció?

Sócrates – Igual de malo…

Ramírez le quita las esposas a Sócrates.

Sánchez – De todas formas, no eran esposas de verdad.

Ramírez *(mirando al público)* – ¿Cree que nos van a tirar tomates?

Sócrates – Eso espero… ¡Tengo que reponer las frutas y verduras de mi puesto!

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos
Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2
Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6
Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más
A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)
A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
¡Espera, mariposa!
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual. Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Deciembre de 2024

ISBN 978-2-38602-290-6

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.